

satisfacerla, y por todas partes surgieron producciones nuevas. Estas llevaban otro sello distinto del de la literatura dramática antes dominante. Con la revolución se había cerrado la era de los Ben Jonson y Shakspeare, y entre esta y la abierta nuevamente había un abismo. En las obras nuevas llevaban el cetro la estricta regularidad y la retórica de las aulas, los dos rasgos fundamentales del drama francés, que entonces estaba en su mayor fama, y era natural que los autores ingleses siguieran los modelos del otro lado del canal y que fuesen vanas las vagas reclamaciones del espíritu inglés que encontraba mas conforme con su índole la musa shaksperiana con su verdad palpante. Los modernos autores carecían de elementos para seguir aquella senda; su círculo de ideas, su índole y la corriente del gusto eran ya completamente distintas. Dryden estableció en vano su principio conciliador: «el espíritu de las creaciones de Shakspeare con la forma francesa;» esta unión era imposible por lo monstruosa. ¿Cómo habrían cabido el amor y la robustez exuberante, la lozania natural, el sentimiento profundo y toda la marcha gigantesca de las obras de Shakspeare en el ropaje del verso alejandrino, con sus elegantes saltitos y las rimas exactas de ordenanza, ni menos en las tres unidades pseudo-aristotélicas ni en las reglas sociales cortesanas de Racine?

Mas consecuentes que Dryden y su escuela fueron los primeros dramaturgos del tiempo de la restauración, porque adoptaron francamente y sin subterfugios los modelos franceses; por eso Sir William Davenant, el fundador del teatro inglés moderno, que en su «Sitio de Rodas» se contentó con imitar exactamente á Corneille, y mereció con su sistema aplausos extraordinarios, tuvo muchísimos imitadores, y brotó tras él una legión de Corneilles ingleses, entre ellos Stapleton, los dos Howard, etc. A estos se agregaron Waller y el dilettante aristocrático, duque de Buckingham, que creyeron conveniente reproducir en bonitos versos bien rimados las piezas viejas, trágicas y picarescas de Beaumont y Fletcher. Esta empresa es una prueba del afecto que conservaba el pueblo inglés á las obras dramáticas de épocas anteriores, porque congeniaban mas con su índole; por lo cual era natural que Dryden, con su propio estro poético, se pusiera en cierto modo de parte del pueblo. Este Dryden presenta el tipo mas acabado de la sociedad inglesa de la época de la restauración, instruida y de modales distinguidísimos, pero sin carácter; sentimental, pero lasciva, aguda, y sutil calculadora. Faltaban á Dryden el alma profunda y la imaginación viva del poeta verdadero; y aunque dominado por la costumbre de adaptar su estro y sus obras á las corrientes del momento, no dejó de conocer la vaciedad y monotonía de la tragedia francesa. Por esto deseaba comunicarle el hábito de Shakspeare, el espíritu inglés antiguo, según él lo entendía en su raciocinio práctico; y así guiado por esta idea, creyó hallar la solución del problema en apariciones de espíritus y en el tumulto y fragor de batallas, todo mezclado con los amoríos sentimentales de los dramas franceses, y bajo la forma insostenible de los eternos alejandrinos, que por lo demás sabía hacer y manejar con extraordinaria habilidad y armonía. Con esta mezcolanza manual y forzada creyó Dryden haber descubierto la verdadera receta del ideal del drama, y muy satisfecho, la bautizó con el nombre retumbante de «Tragedia heroica».

Estas piezas de ruido y acicaladas dominaron cinco años el teatro, hasta que se ahogaron entre las risotadas que provocó en el público inglés la representación de la magnífica y chispeante parodia de tales obras: «El ensayo de un drama,» escrita por Buckingham. Dryden, completamente desengañado, cayó en el extremo opuesto y se puso á escribir dramas sin rima y aun en prosa, con cuyo disfraz pensó

hacer pasar sus nuevas obras por populares. Sin embargo, en la esencia siguió fielmente el mecanismo trillado del drama francés con sus unidades, sus caracteres vagos, cortados según el patron reglamentario, y la retórica tiesa y retumbante, tanto que puede considerarse á Dryden con razón como el fundador del drama inglés afrancesado.

Del mismo modo imitó Dryden en sus poesías líricas y épicas á los franceses, y en primera línea á Boileau, que le servía de modelo en sus muchas sátiras y hasta en sus mas pequeños detalles; solo que las suyas son casi todas políticas y las del francés literarias. Sus poesías propiamente líricas y épicas, por lo general de grandes dimensiones, tienen el mérito de la gran corrección y de las rimas fáciles y sonoras de los franceses, pero les falta estro verdaderamente poético. En ellas campean la inteligencia del arte á costa del calor del corazón, y los sentimientos que pinta están dominados y pasados por el tamiz de la reflexión. También obedecen al estilo francés sus diversas traducciones de las obras de los antiguos, es decir trasladados libres, modernizados, en versos de otra clase que los del original, bien que elegantes y fluidos, pero sin el espíritu de aquel.

Juan Dryden con todo dominó á su época completamente, porque seguía su gusto y la complacia, y su lenguaje armonioso presta atractivo hasta al argumento mas insignificante. Su influencia dió la victoria por mucho tiempo al llamado clasicismo francés sobre la poesía antigua y popular de Inglaterra. Los mejores líricos de aquel tiempo, Waller y Marvel, se adhirieron completamente á la escuela francesa.

Otway, que nació en 1651, perfeccionó en sus dramas el afrancesamiento de Dryden. Tenía mas fuerza creadora que este, y pudo seguir con mas fidelidad la senda emprendida, de suerte que se despojó de los últimos restos del teatro antiguo inglés, la multitud de personajes y el frecuente cambio de escena. En fin el estilo nacional antiguo quedó completamente desterrado de la teoría como de la práctica, y todos se entusiasmaron solo con las pretendidas reglas de los antiguos y con la locuacidad llamada *clásica* de los franceses.

¡Ojalá que hubiesen imitado los ingleses de entonces con igual exactitud las comedias francesas! Para alguna plagiaban á la verdad el argumento, pero no el decoro de las francesas, porque llenaban sus comedias de las indecencias mas descaradas, y de los equívocos de burdel, que estaban tanto en su carácter como en el de la corte, donde la relajación traspasaba todos los límites de lo creíble y cuyo lenguaje y costumbres se alababan estos autores en alta voz de traducir y presentar en sus piezas. Aquella corte inglesa era en efecto una imitación, aunque en caricatura, de la de Versalles, porque al fausto y pulidez exteriores unía la antigua rudeza interior, la sumisión mas abyecta y material al gusto del amo, y un furor desenfadado y nada disimulado de goces sensuales. El que daba en este ramo el tono era también el poeta de la corte y de la buena sociedad, Dryden; tono que requería expresamente que el autor pusiera las bromas mas lascivas en boca de las actrices, con lo cual queda caracterizado el estado de finura y de moral de aquella sociedad. En Wycherley, que nació en 1640, tuvo Dryden un sucesor digno de él; solo que poseía lo mismo que Otway mas vigor y habilidad creadora que su maestro.

Al paso que la Inglaterra de aquella época se distinguía poco ó nada en las artes, puede gloriarse, para honor de su clase media, de haberse colocado entonces á la cabeza de todas las naciones civilizadas en el campo científico, tanto en las ciencias naturales como en las filosóficas y políticas, que no se dejaron influir por ningún elemento corruptor. El centro de estos trabajos, que son á la clase media lo que

las artes á la elevada, era la Academia de Ciencias de Londres, creación no como la francesa del monarca ó del gobierno, sino de una reunión libre de hombres científicos que posteriormente en 1660 y solo por forma recibió, juntamente con la autorización del gobierno, el nombre de: «Sociedad Real.» El embrión de esta corporación había sido el llamado «Colegio invisible» fundado en 1645 por un alemán, hijo del Palatinado, Teodoro Haak que había tenido que abandonar su patria y refugiarse á Inglaterra. Hasta en el reinado del liviano Carlos II gozaron en Inglaterra las ciencias de tanto respeto, que los primeros varones del país, tanto por su posición y categoría social como por su fama literaria, solicitaron el honor de ser socios de la «Sociedad Real» y el mismo Carlos II se atribuyó con júbilo y consideraba como un lauro especial de su reinado, la fundación de esta docta academia. Conforme al principio de Bacon, se dispuso de una manera realmente científica que los experimentos y la experiencia, ó sea la observación repetida, servirían de base á todos los trabajos de la corporación. De este modo la sociedad ha contribuido muchísimo á la generalización de toda clase de conocimientos, á la supresión de toda especie de supersticiones y al desarrollo de la industria y de la navegación.

Su actividad, conforme correspondía al genio práctico de los ingleses, se dirigió desde el primer momento á las ciencias, relacionadas con la mecánica, las cuales ya en aquel tiempo, á causa de la astrología con sus figuras celestes, gozaban de grandísima importancia en todas las naciones. Habían hecho progresar la mecánica celeste muchísimo el alemán-polaco Copérnico, el alemán Kepler y el italiano Galileo, pero su verdadero fundador nació en el año 1643 en Inglaterra, y fué Isaac Newton. Era profesor de matemáticas en la universidad de Cambridge, y había ya inventado el cálculo infinitesimal, cuando á fuerza de un paciente, asiduo y largo trabajo, y no por una iluminación súbita, se convenció de que los cuerpos celestes dependen de la misma ley de la atracción ó de la gravedad que rige á todo cuerpo de la tierra el cual una vez desprendido cae y gravita hácia ella. En febrero del año 1685, fecha para siempre memorable, comunicó su descubrimiento á la Sociedad Real; y en los años subsiguientes lo explicó detallada y minuciosamente en una obra voluminosa destinada al público. Solo por medio del cálculo diferencial descubierto por él, le había sido posible llegar á tan inmenso resultado. Laplace calificó este libro de la obra mas grande del espíritu humano. Solo con este cálculo pudo probarse matemáticamente y ponerse fuera de toda duda lo que habían también observado y establecido como leyes generales Copérnico, Kepler y Galileo. Con el trabajo de Newton se dió un paso de importancia y trascendencia realmente incalculables, porque desde luego quedaba reducida toda la astronomía física á una sola ley fundamental y todas las complicaciones y dificultades astronómicas pueden ahora resolverse por la ley de la gravitación de Newton; con ella han quedado brillantemente probadas la unidad y la indestructibilidad del universo. Por grande que sea el mérito del descubrimiento de Newton en concepto astronómico, mas lo es todavía en el de la historia de la civilización, porque acabó para siempre con las creencias místicas que dependían del capricho y voluntad variable de un ser divino. Con este descubrimiento saben ahora todas las personas civilizadas que las manifestaciones de la naturaleza física, tanto las infinitamente grandes como las infinitamente pequeñas, obedecen á leyes invariables é inevitables. Desde el descubrimiento de esta ley universal miramos el mundo libres de toda idea supersticiosa y de esas puerilidades místicas que

suponian á Dios poniendo la mano á cada momento en la máquina del universo y cambiándola según las circunstancias. Newton fué el fundador inmediato de la llamada *ilustración* del siglo XVIII, y mas que esto el fundador de la idea moderna que tenemos de la naturaleza y del universo.

Ya antes el geólogo Tomas Burnet, en una obra que publicó en el año 1680 había dicho que la historia de la creación del mundo, tal como la da la Biblia entendida literalmente, estaba reñida con la razón y no pasaba de ser una simple alegoría arreglada para la corta inteligencia de la multitud. Después con el descubrimiento de Newton y la fundación de la Sociedad Real, la pasión del estudio de las ciencias naturales se apoderó de todas las clases de la sociedad, tanto que hasta las señoras se dedicaron á ellas y Carlos II pudo fundar el Observatorio Real en Greenwich. El primer astrónomo «real» Juan Flamsteed publicó el primer catálogo exacto de estrellas que contenía los datos exactísimos de mas de 3300 astros. La inteligencia humana fué levantando la cabeza cada día con mayor audacia; de suerte que ya se habló de «libres pensadores» y «de deístas» es decir de gente que solo creía en un Sér supremo sin otros accesorios. Carlos Blount que vivió desde 1654 hasta 1693 presentó en sus obras principales, publicadas en 1679 y 1680, el sistema completo del deísmo, ó sea de la religión natural ó racional y tuvo la audacia de atacar directamente al cristianismo, en especial los milagros del Nuevo Testamento, y en general todas las formas de culto considerándolas simplemente como farsas sacerdotales.

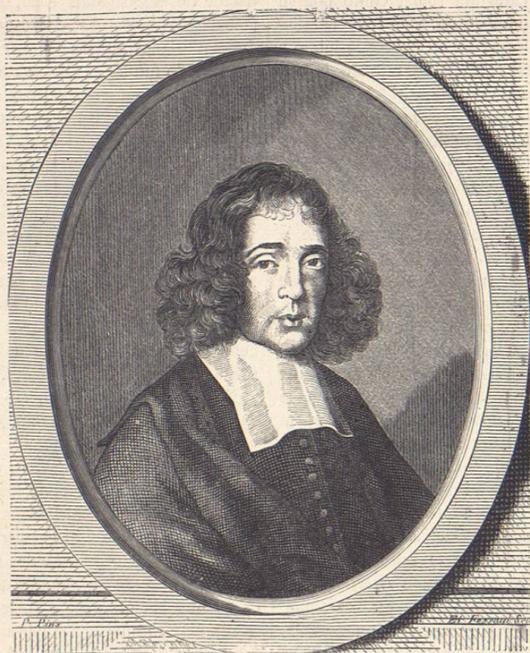
En la historia del desarrollo de la humanidad todo se encadena, y los mayores talentos son resultado del desenvolvimiento intelectual anterior y de infinitas circunstancias estrechamente eslabonadas; así es que los deístas y racionalistas ingleses se enlazan con los filósofos holandeses, cuyos representantes mas distinguidos son por un lado Espinosa y por otro Bayle, que á su vez se relacionan con Descartes. De este modo el historiador de los siglos XVII y XVIII puede seguir la cadena de los grandes ingenios hasta nuestros días. Oldenburg, secretario de la Sociedad Real, había sido el amigo constante é íntimo de Espinosa cuyas ideas eran las suyas, y Locke, del cual hablaremos á su tiempo, estuvo á su vez en relaciones íntimas con Bayle y sus adeptos y amigos.

Impercedero es el mérito que la pequeña república holandesa adquirió con la hospitalidad generosa y el refugio inviolable que dió al pensamiento libre, cabalmente cuando el despotismo eclesiástico y civil estaba en su mayor preponderancia en Europa. Holanda es la cuna del don mas precioso de nuestra vida moderna: la libertad absoluta de meditar y publicar sus meditaciones sin traba ninguna sobre los problemas mas recónditos y mas elevados de la existencia. En Holanda buscó y encontró seguro asilo Descartes; allí publicó sus famosas obras filosóficas, y allí encontraron acogida en las universidades y entre todas las personas instruidas y científicas. Por esto puede glorificarse también la Francia de haber originado por el intermedio de Descartes el movimiento filosófico tan poderoso provocado por Espinosa y procedente del cartesianismo, cuyo autor, el citado Descartes, había proclamado la doctrina del dualismo ó sea contraste fundamental entre la sustancia pensadora, el espíritu, y la extensiva, la materia ó los cuerpos. De ahí resultó que sus discípulos negaron toda influencia mutua entre sustancias tan extrañas y distintas; pero como á pesar de esto existe de hecho la unión entre el espíritu y el cuerpo, no tuvieron mas remedio que atribuirla exclusivamente á la fuerza divina. Por consiguiente, decían, los espíritus y los cuerpos, ó sea todo lo creado, separadamente y unidos son impotentes en frente de esa fuerza; luego no son mas que la

manifestacion, el instrumento de la divinidad; luego Dios es la verdadera y única sustancia existente y posible y de consiguiente imperecedera y eterna. Con este razonamiento llevó Arnoldo Geulinx por el año 1662 y 1665 la teoría de Descartes al punto de donde partió Espinosa con la suya.

Baruc (Benito) Espinosa nació el 24 de noviembre de 1632 en Amsterdam, donde habian encontrado cariñosa acogida, como otro ejemplo brillante de la tolerancia holandesa, sus abuelos, expulsados de Portugal con otros muchos por seguir la religion de Moisés. Sediento de instruccion y

de la verdad eterna, dotado de juicio recto é independiente, no satisfaciéndole la religion ni las tradiciones judaicas de su tiempo, mucho menos despues de haber sentido germinar en su mente la semilla que dejaron en ella los escritos de los cartesianos, unida á la influencia profundísima de las obras de los filósofos judaicos, rompió definitivamente con sus antiguos correligionarios, los cuales se hicieron sus mas sañudos perseguidores. Esta persecucion le obligó á retirarse al Haya, donde vivió solitariamente ganando su sustento en la talla y pulimento de cristales para los ópticos. Este tra-



Benito Espinosa. Copia de un grabado de E. Fessard

bajo le daba como un real de vellon diario y con él vivia mientras su mente trabajaba sin cesar para salir del caos de la ignorancia á la luz.

En estas circunstancias no quiso aceptar una cátedra que se le ofreció en la universidad palatina de Heidelberg, en términos por demás lisonjeros, y solo porque temió que allí no tendria la misma libertad de palabra que en Holanda.

Alma enérgica é inaccesible al miedo, no retrocedia ante ninguna consecuencia lógica de los principios que habia reconocido como verdaderos. Así prescindió de una vez del dualismo que Descartes y sus adeptos habian admitido entre el espíritu y la materia, y que sus sucesores no habian suprimido sino en apariencia proclamando su íntima relacion con la esencia divina. Espinosa lo redujo todo á una sustancia ó esencia única, á Dios. Segun su teoría, la inteligencia y la extension, es decir el mundo espiritual y el corporal, el espíritu y la materia, no son sino modos de ser de Dios. Esta sustancia única comprende todo lo creado, y crea por la fuerza inseparable de su propia esencia; de suerte que en este sistema no cabe libertad ni libre albedrío, ni de Dios ni de los hombres; todo viene á ser resultado de la necesidad racional y lógica; que arranca de la esencia de Dios: todo procede de causas permanentes y eternas sin objeto prescrito de antemano,

porque donde se trata de llegar á un objeto, es señal de que falta todavía, y por consiguiente de que existe imperfeccion, cosa que está reñida con la idea de una esencia divina desde toda eternidad perfecta. Así este gran pensador, arrancando de pocas premisas, axiomas innegables, desarrolla su sistema en sus mas pequeños pormenores y lo lleva hasta sus últimas consecuencias con precision matemática é inflexible. La divinidad comprende innumerables fuerzas, que son sus atributos y que producen y causan la multitud de las cosas que todas son productos y á su vez causa de otras nuevas. Meditar, ensimismarse y confundirse con amoroso celo en esta sustancia única, en el amor de Dios, adaptarse al orden eterno que rige el universo y obrar en armonía con él es, segun Espinosa, la mision y la moral mas elevada del hombre. Lo que es natural es bueno, lo innatural es malo. En nuestro sér tenemos la razon natural, la conciencia, que es nuestro don, nuestro bien, y nuestra fuerza mayores; por eso es bueno y útil todo lo que fomenta y favorece la vida racional, y al revés, malo y pernicioso todo lo que está en pugna con esta vida. Virtuoso es aquel que obra y vive conforme pide la razon ó sea la naturaleza. Ciencia ó mejor dicho conciencia y virtud son pues idénticas, y por eso todo nuestro afán debe concentrarse en llegar al conocimiento de las cosas,

vivir en armonía con él y dominar las pasiones y deseos pasajeros y mudables.

Con este razonamiento se elevó Espinosa por la fuerza inflexible de una serie de consecuencias lógicas, desde el sistema metafísico á una moral tan noble, pura, elevada y grande que escasamente la alcanza ninguna otra.

Se comprenderá que esta doctrina no podia producir por el momento todo el efecto que produjo mucho despues, pero desde luego ejerció una grande influencia directa sobre los pensadores mas humildes, aunque por esto mismo mas populares que figuraron á fines del mismo siglo. Tan poco fué apreciada la teoría de Espinosa que tanto en vida como despues no se consideró á su autor mas que como un hereje execrable y criminal: y sin embargo, ¡qué diferencia entre la pasion por los goces materiales, la codicia, la frivolidad, el afán de lucir, de ostentacion, de halagar los sentidos que irradiaban de la corte de Luis XIV y se propagaban á todas las clases distinguidas del mundo, y la doctrina del vaciador y pulimentador de anteojos, que presentaba la razon y la ciencia como únicos objetos dignos de nuestros afanes, para llegar al amor puro y desinteresado, al amor por el amor del gran creador de todas las cosas! No tardó Espinosa en ejercer una influencia decisiva sobre los metafísicos ingleses, y mientras seguian las hostilidades con fortuna varia entre los diferentes partidos que se disputaban la influencia en Inglaterra, realistas contra republicanos, conservadores contra progresistas, partidarios de la Iglesia del Estado contra los disidentes, surgió un buen número de pensadores políticos eminentes que cultivaron y ensancharon de un modo original en muchos casos, é importante para el porvenir, la ciencia nueva de la política, fundada por los Maquiavelo, Bodin y Grocio. La sublevacion de los parlamentaristas y republicanos contra el régimen de Carlos I solo produjo en Tomás Hobbes, ayo de Carlos II y que murió en 1679, la conviccion de la imprescindible necesidad de un trono y un rey autócratas, porque su sistema á manera de Hugo Grocio se funda en un pacto, tácito ó expreso, celebrado entre los varios grupos de hombres en un principio perfectamente libres é iguales, y en virtud de este pacto queda investido del dominio sobre los demás. Pero mientras Grocio considera como causa del pacto el deseo libérrimo de los hombres de vivir en sociedad, Hobbes le da por origen el temor de la guerra brutal que se harian en estado natural; y dice que para contener en sus justos límites la fuerza bruta de la voluntad individual ha sido menester dar á uno el dominio sobre los demás para que tenga el mismo poder absoluto sobre ellos que tiene la naturaleza sobre las fuerzas naturales y brutas siempre en pugna entre sí. Por eso, segun Hobbes, el poder del soberano, aunque en un principio resultado de un pacto, es irrevocable é indiscutible, y toda resistencia contra él, cualquiera que sea el motivo, constituye una criminal rebeldía.

En este sistema de Hobbes, hay cierta lógica una vez admitida la base del pacto; el único inconveniente que tiene es que de la misma base se puede derivar tambien la teoría diametralmente opuesta; y de deducirla se encargó Algernon Sidney, que vivió desde 1617 hasta 1683. Era republicano exaltado, consecuente sin consideracion, y tan instruido y erudito como bien educado. Atacó en sus escritos á Hobbes y á los partidarios de la monarquía por la gracia de Dios y dijo: «Si el dominio que tiene una persona sobre sus conciudadanos se deriva de un pacto hecho con estos, no es ningun privilegio hereditario, sino simplemente un encargo ó empleo que se ha confiado á la tal persona; ésta por consiguiente es responsable de los abusos, extralimitaciones y mal cumplimiento de su encargo ante aquellos, que bajo las condiciones

que motivaron el pacto, le confiaron el poder, los cuales pueden quitárselo desde el momento en que no cumpla por su parte el pacto.»

Aquí como en embrion se descubre la doctrina del porvenir, es decir, la de la soberanía del pueblo. Mirados desde nuestro punto de vista nos hacen sonreír todos estos esfuerzos para construir la política *à priori*, ó científicamente, cuyos resultados contrastan tanto con los que ahora nos presenta la historia; pero este era el único medio entonces posible de desembarazar á la sociedad de las tradiciones carcomidas, de las trabas nocivas y opresoras de la Edad Media, de llegar, despejando el camino, á principios políticos mas libres y mas elevados, y de facilitar su adopcion.

En España no pudo entonces la Francia de Luis XIV tener ninguna influencia intelectual notable. El pueblo español, de carácter poco exigente y seguro de su propio valer; apartado del gran movimiento europeo y separado de este por la muralla de los Pirineos, ha sido siempre el último pueblo que ha adoptado, y eso imperfectamente, todo lo extranjero. A estas condiciones generales se agregaba que, aunque políticamente en decadencia, se hallaba todavía en la cumbre de su gloria literaria, pudiendo dar lecciones á los demás en lugar de recibirlas. Vivía todavía Calderon de la Barca (del año 1600 á 1681) cuyo estilo fué el tipo que imitó Corneille, y por medio de éste toda la Europa civilizada. Calderon, bien que colmado de honores y de riquezas por su rey Felipe IV y sus ministros (1), conservó su independencia intelectual y moral, lo que no hicieron los poetas de la corte de Francia, y por esta razon es el representante verdadero y genuino de su pueblo. Soldado valiente en su juventud, hizo las campañas de Milan y de los Países Bajos, é igualmente fiel á Dios y á su rey, caballero, noble, leal, orgulloso y devoto, hizose clérigo cuando entró en edad. Olvidadas están hace mucho tiempo sus muchas poesías líricas y épicas; sus no menos innumerables autos sacramentales y piezas religiosas, tan admirados en su tiempo, apenas se leen hoy; pero sus dramas destinados al teatro, le colocan entre los primeros poetas de todos los tiempos. Por supuesto, al leerlos y juzgarlos, hay que tener presentes las costumbres y la vida de los españoles. Los motivos y pasiones al rededor de los cuales giran sus dramas son el amor y el honor, aquel amor ardiente meridional que no retrocede ante el crimen y arrolla los obstáculos á viva fuerza, y una honra que nada tiene que ver con la moral, que á veces mas bien la lastima, y que generalmente se contenta con mantener incólumes el valor y la veracidad de los hombres y el buen nombre de la mujeres. Pero admitido esto, ¡cuánto ingenio en la invencion, cuánta habilidad en la intriga, cuánta viveza y cuántas escenas dramáticas en la accion! Los discursos son el estilo español (de la época), un tanto largos, arguciosos, amanerados y detienen la accion demasiado para las exigencias del público de hoy; pero ¡cuántas imágenes bellísimas, cuántos símiles acertados y cuántas agudezas no encierran! ¡Cuán digno, noble y bello se presenta todo y al mismo tiempo cuánto vigor, cuánta profundidad y naturalidad no hay en estos dramas! ¿Qué comparacion cabe entre ellos y el estilo declamatorio tan vacío á menudo de los llamados clásicos franceses? ¡Y los caracteres! aunque concuerden en los rasgos principales, se dibuja y precisa la individualidad de cada uno de la manera mas simpática y acertada.

A estos méritos se agrega otro. Véase si en todos esos dramas clásicos franceses se encuentra un solo pasaje en que

(1) De honores sí, de riquezas no, aunque tenia para vivir en una modesta medianía.